

transformada por la combustión. Esa cerilla, como la mano que la utilizó o el tabaco que quemó, pertenece al tiempo irreversible, al tiempo entrópico, al tiempo del mundo, al tiempo de actualización-de-una-posibilidad. Ni todas nuestras teorizaciones juntas, ni la más grande conferencia de escuelas esotéricas y magos extraída de los más remotos monasterios de Asia central, podrían devolver su orden original a las moléculas de esa cerilla. Su apariencia, sí; su actualidad como objeto físico, relacionado con otros objetos, no.

Lo que Ouspensky describe como sucediendo, podría acaso suceder en lo que llamamos Tiempo 2. Pero en el Tiempo 1, con el cual empieza Ouspensky, para después olvidarlo convenientemente, no podría suceder. No pueden negarse la originalidad y la amplitud del intelecto de Ouspensky. Sin embargo, esas cualidades se ponen mejor de manifiesto, no en su teoría de una recurrencia eterna, que ni es eterna ni verdaderamente recurrente, sino en el capítulo justamente titulado «Un Nuevo Modelo del Universo», en el cual descubre que puede decirse que el Tiempo es tridimensional.

Un último punto. Es cierto, como indica Ouspensky, que muchas personas no pueden por menos de tener la impresión, en determinadas situaciones y en momentos extraños, de que todo cuanto está sucediendo ya ha sucedido antes. Pero, al menos yo, no estoy impresionado por ello como argumento en favor de la recurrencia. Los neurólogos pueden explicar parte de ello, y Dunne, con su teoría de la precognición y la previsión en los sueños, que a menudo olvidamos, puede explicar el resto. Y cuando el argumento se extrae de mi experiencia, un hombre ha de hablar por sí mismo. Mi propia experiencia sostiene a Dunne y a los neurólogos; pero no a Ouspensky. Nunca me he sorprendido—y soy bastante aficionado a sorprenderme a mí mismo—experimentando tan extraña y súbita familiaridad con todo lo que estaba sucediendo a mi alrededor, que también experimentase la impresión de que aquello era una vida que ya había vivido antes, que el Tiempo se estaba repitiendo. Eso puede significar, en los términos de Ouspensky, que soy uno de esos tipos estúpidos y olvidadizos condenados a escribir una y otra vez que soy uno de esos tipos estúpidos y olvidadizos. También puede significar que Ouspensky estaba equivocado.

Ya me he referido, como uno de los maestros de la *Obra*, a Maurice Nicoll. Los lectores que deseen enterarse cómo la enseñó, deben leer sus diversos y gruesos volúmenes titulados *Psychological Commentaries on the Teaching of Gurdjieff and Ouspensky*, que contienen las conferencias que dio a miembros de sus grupos. Pueden leerse con interés, incluso por aquellos que rechacen sus ideas fundamentales. La primera instrucción de Nicoll fue plenamente científica y psicológica. Estudió un curso de ciencias en Cambridge, pasó al St. Bartholomew's Hospital (el famoso «Bart's»), prosiguió luego sus estudios en Viena, Berlín y Zurich, Esto fue antes de la primera guerra mundial, en la cual sirvió como oficial médico. Conoció a Ouspensky en 1921, y al año siguiente se unió a Gurdjieff en el Instituto de Fontainebleau. De vuelta en Londres, combinó una práctica afortunada como especialista con el estudio y, a partir de 1931, la enseñanza de la *Obra*.

Ofrezco estos detalles biográficos para demostrar que una instrucción y una base científicas no impiden que un hombre rechace la idea convencional del Tiempo. Ciertamente, la obra de Nicoll, *Living Time*, es un alegato, elocuente y enriquecido con citas procedentes de una amplia gama de autores, en pro de nuestra autoliberación del dominio del «tiempo que pasa», expresión que tomé de Nicoll al comienzo de este libro. No hay intento de discutir la estructura y la posible mecánica del Tiempo. La aproximación de Nicoll es psicológica y filosófica, como cabía esperar de su base y preparación.

Al igual que los místicos, a quienes frecuentemente cita, Nicoll insiste en la supremacía de lo invisible sobre lo visible, del mundo interior sobre el exterior, de lo que es descubierto por la mente inquiridora sobre lo que es revelado a los sentidos. La tiranía de la idea del tiempo que pasa no permite el ensanchamiento y el realce de la consciencia. Habitamos una pequeña porción de lo que él llama «Tiempo vivo». Es la creencia de que solo nuestros sentidos pueden mostrarnos la verdad lo que convierte toda esta riqueza de la vida en «tiempo que pasa y muerte y destrucción».

Nicoll prosigue: «De otras partes del Tiempo vivo, recibimos alguna señal... en literatura, arquitectura, arte.» Cree que toda la historia es «un *Hoy* vivo.» No estamos disfrutando una

chispa de vida en medio de una inmensa muerta desolación. *Estamos* en algún punto de la vasta procesión de los vivos, todavía pensando, todavía sintiendo, aunque invisibles e inoídos. Nuestro pequeño hoy, que a menudo vemos como la cima del progreso, es una minúscula fracción del Hoy mismo. Pero no podemos comprender esto, no podemos gozar del sentimiento de liberación que nos aporta, a menos que «el tiempo que pasa se desprenda de nosotros», a menos que haya un cambio en nuestro sentido del tiempo.

Necesitamos experimentar (aunque solo sea de manera intermitente, desde una dirección indefinible, desde dentro, no desde fuera) una sensación de *Ahora*:

Ninguna ensoñación, ninguna conversación, ningún desentrañar significados de fantasías, están contenidos en ese *ahora*, que pertenece a un orden superior de consciencia. El *hombre-tiempo* en nosotros desconoce el *ahora*. Siempre está preparando algo para el futuro, u ocupado con lo que sucedió en el pasado. Siempre está pensando qué hacer, qué decir, qué ponerse, qué comer, etc. Anticipa, y nosotros, siguiéndole, llegamos al esperado momento y he ahí que ya está en otra parte, haciendo nuevos proyectos para el futuro. Esto es *devenir*, donde nunca nada es... Solo podemos sentir el *ahora* refrenando a ese hombre-tiempo, que piensa en la existencia a su manera. El *ahora* penetra en nosotros con una sensación de algo más grande que el tiempo que pasa. El *ahora* contiene todo el tiempo, toda la vida, el eón de la vida. El *ahora* es la sensación de un espacio superior. No son las decisiones del hombre en el tiempo las que cuentan aquí, puesto que no brotan del *ahora*. Todas las decisiones que pertenecen a la vida en el tiempo, al éxito, a los negocios, a la comodidad, giran en torno al «mañana...» Solo cuenta lo que se hace en el *ahora*, y esto es una decisión siempre respecto a *uno mismo* y *con uno mismo*, aunque su efecto pueda tocar la existencia de otras personas en el «mañana». El *ahora* es espiritual. Es un estado del espíritu, cuando está por encima de la corriente de las asociaciones en el tiempo. Los valores espirituales no están en el tiempo, y su desarrollo no es una cuestión de tiempo. Para conservar la impronta de su verdad, hemos de luchar con el tiempo, con toda idea de que pertenecen al tiempo y que el paso de los días los incrementarán. Porque entonces nos será fácil pensar que es *demasiado tarde* presentar la socorrida excusa del *tiempo que pasa*... Toda visión, toda revelación, toda iluminación, todo amor, todo lo que es genuino, todo lo que es real, reside en el *ahora*... y en el intento de crear el *ahora* nos aproximamos a recintos interiores, a la parte más sagrada de la vida. Porque en el tiempo todas las cosas están buscando lo completo, pero en el *ahora* todas las cosas son completas... Debemos entender que lo que llamamos el momento presente no es el *ahora*, porque el momento presente está en la línea horizontal del tiempo, y el *ahora* es perpendicular a esto e incommensurable con ello... Si pudiésemos despertar, si pudiésemos ascender en la escala de

culta en nuestro interior, comprenderíamos el mundo «futuro». *Nuestro verdadero futuro* *no desarrollo en el ahora, no en el mañana del* *isa.*

Para ser justo con Nicoll, debo añadir que las citas anteriores, tomadas del penúltimo capítulo de su libro, se refieren a ideas que expone con cierta amplitud en capítulos anteriores. Si en estos pasajes parece vago y dado a fáciles generalizaciones, entonces estos y yo estamos cometiendo una injusticia con él. Y debe leerse todo su libro.

Tiene todo un capítulo dedicado a la «Recurrencia en el Mismo Tiempo», pero en ninguna parte del mismo se muestra tan seguro y enfático como se mostró Ouspensky en este tema. Cita a Ouspensky sin expresar disenso o incluso duda, pero parece desganado, quizá dubitativo, respecto a la idea de que repetimos nuestra vida una y otra vez en el tiempo que pasa. Esto no significa que no admita cierta clase de repetición. En realidad, insiste en ello:

Es difícil reconciliarse con la idea de que una sola vida determina nuestra suerte. Parece que llegamos hacia el término de nuestra existencia precisamente cuando empezamos a tener cierta visión. La ilusión del tiempo que pasa nos hace pensar que no podemos cambiar el pasado y que no vale la pena tratar de cambiar nada ahora. Acaso empezemos a comprender que nunca se nos enseñó nada respecto a cómo teníamos que vivir la vida o acerca de lo que realmente teníamos que hacer. Probablemente creímos que la educación nos enseñó la manera de vivir, y, tras un largo período de perplejidad, empezamos a comprender que teníamos que descubrir las cosas nosotros mismos. Entonces puede parecer demasiado tarde. No parece haber tiempo para nada y podemos renunciar fácilmente a tratar de pensar. Toda la impresión de la vida es una impresión confusa. No pensamos que solo estamos *empezando* algo, sino meramente llegando al final de algo. Si creemos en un juicio y un más allá, si creemos que nuestra suerte final está determinada por esta única y confusa existencia que llevamos, la idea parece tan inadecuada que tiende a hacer que nos encojamos simplemente de hombros y volvamos la espalda a tales pensamientos. Seguramente es aquí donde surge *necesariamente* la idea de la repetición de la vida... ¿No podemos comprender de la repetición de la vida...? ¿Que todo nuestro ser que debemos tener un futuro? ¿Sin alguna forma está constituido para tener un futuro? ¿Cómo podemos comprender de la idea de futuro, cómo podemos interpretar la vida, cómo podemos interpretar la, salvo de la manera más negativa? ¿Y por qué habíamos de confinar nuestra idea del futuro solamente a un estado desencarnado, que muchos de nosotros hallamos difícil de aceptar? Recuerdese que no vivimos solo en este pequeño y visible momento, sino en un *MUNDO* extendido en todas direcciones, visible e invisible.